

1 Juan 5:6-8 “El Espíritu, el agua y la sangre”

“Este es Jesucristo, que vino por agua y sangre; no por agua solamente, sino por agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad.

Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, y el agua, y la sangre; y estos tres concuerdan en uno.” (RV-SBT)

Jesucristo es Dios. Dios es una Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. ¡Jesucristo es el Verbo de Dios! “Y estaba vestido de una ropa teñida en sangre, y su nombre se llama EL VERBO DE DIOS” (Apocalipsis 19:13). En un sentido profundo, la Palabra escrita de Dios, la Biblia, es la revelación de Jesucristo. Él está presente desde Génesis hasta Apocalipsis. Él es la imagen del Dios invisible (Colosenses 1:15).

Jesucristo vino por agua y sangre. En Juan 19:34 leemos: “Pero uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.” La sangre y el agua que fluyeron de Jesús después de Su muerte dieron testimonio de la realidad de Su muerte.

Dios le ordenó a Moisés bautizar con agua y sangre a Su pueblo bajo el antiguo pacto. “Porque habiendo anunciado Moisés todos los mandamientos según la ley a todo el pueblo, tomando la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua y lana de grana e hisopo, roció al mismo libro, y también a todo el pueblo” (Hebreos 9:19). “Y casi todo es purificado con sangre, según la ley; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (Hebreos 9:22).

Hoy en día, todavía tenemos tres que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre. El agua y la sangre dan testimonio de la obra de Cristo en la cruz, de Su expiación, mediante la cual compró la redención para Su pueblo escogido. Sus méritos se aplican a nosotros solo por la fe. “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5). “Quien llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; por cuya herida habéis sido sanados” (1 Pedro 2:24).

Cuando una persona nace de nuevo, el Espíritu Santo desciende sobre ella (Hechos 10:44). En nuestro bautismo, el agua se derrama sobre nosotros. El agua se rocía sobre nosotros, tal como el pueblo de Dios bajo el antiguo pacto fue rociado con la sangre, como imagen de la obra salvadora de Cristo. En el bautismo, el Espíritu y el agua dan testimonio de la purificación, la limpieza, la expiación por el pecado y la redención que Cristo nos compró en Su muerte y resurrección, la cual nos es aplicada por el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo ilumina la Palabra de Dios para todos los creyentes: “Pero cuando venga aquel, el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad; porque no hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que han de venir” (Juan 16:13). El bautismo en agua es una señal del pacto de Dios, Su pacto perpetuo de gracia, hecho con Abraham y cumplido en Cristo.

En la Cena del Señor, bebemos del fruto de la vid, que es la sangre del nuevo pacto. “Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada por muchos para remisión de los pecados” (Mateo 26:28). “Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí” (1 Corintios 11:25).

En cada cristiano, en cada hijo de Dios, hay un triple testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre.

“Todo lo que respira alabe a Jah. Aleluya.” ¡Alabado sea el Señor! (Salmo 150:6)